

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

PUBLICACIÓN DECENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

TIRADA 7.000 EJEMPLARES

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

10 números decenales 0,50 de peseta
20 " " 1 " "
y así sucesivamente.
Incluidos gastos de correo, sin certificar.

PAGO ADELANTADO

«Este precepto os doy: «Que os ameis los unos á los otros como Yo os he amado.»

(Jesucristo á sus discipulos)

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería «La Escolar,» Corrida 73, y en el comercio «La Epoca» San Bernardo 38 y 40.

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE —Gijón.

El hombre propone

—Chico, mi plan es completo, soberbio, aplanante, ¡como que debido á la hábil estrategia del mismo nos ha de dar la victoria en toda la linea, y verás que esa leyenda del «No prevalecerán» queda destruida en nuestros tiempos.

—¡Eso, eso: diplomacia, mucha diplomacia!

—Es la que triunfa en todas las cuestiones. Y viniendo á la nuestra, nosotros estamos perfectamente convencidos de que con persecuciones, á lo Nerón y Diocleciano, no conseguiríamos sino aumentar el número de fervientes adoradores de Cristo, como aquellos emperadores romanos en los primeros siglos del cristianismo. Si aplicásemos los recursos del gran Juliano, *el Apóstata*, tampoco vendríamos á otro resultado que á cantar como él la palinodia, con su célebre frase: «Venciste, Galileo» Eficaz fué para el aumento de incredulidad la táctica de nuestro eximio maestro Voltaire al usar el ridículo, la burla contra el catolicismo; pero, á pesar de su plazo de veinte años para *aplastar al infame*, cayó él, y el «Infame» sigue en pié y triunfador.

No, no; los hechos de la Historia enseñan mucho: atengámonos á ellos. Nada de confesarnos anticatólicos para atacar al catolicismo; al contrario, diremos que somos «tan católicos como el que más», que amamos la Religión; pero que, por lo mismo que la amamos, no queremos en ella ciertas ceremonias, ni explotadores, hipócritas, fariseos y aquí echamos mano del gran recurso de Voltaire, «calumnia que algo queda», no dejando en paz á ningún religioso, á ningún creyente sincero, ni al mismo Padre Santo.

Con esto conseguiremos sembrar la desconfianza en las filas católicas, y después de esta desconfianza, el enfriamiento en la piedad, y luego, el apartamiento absoluto, y por último la incredulidad, con todas sus consecuen-

cias y desmanes. Entonces, será la nuestra. La Iglesia quedará reducida á su más mínima expresión, hasta desaparecer de la haz de la tierra. ¿Qué tal?

—¡Magnífico plan! Cuenta conmigo, que podré mucho desde el cargo de autoridad que ejerzo.

—Ya lo sé; por eso soy franco contigo. Nosotros, acometiendo desde la tribuna, el teatro, el libro, el periódico, etc. etc. y tú, *guardándonos las espaldas*, en nombre de la libertad, ¿quién, contra nosotros?

—Nadie. ¡Al siglo XX había de haber la honra de concluir con esa tiranía absurda de las conciencias, llamada Religión Católica!

—¿Prometes sernos fiel en todo y por todo?

—Prometo por mi honor de anticlerical, sobre esta insignia triangular.

—Pues adelante, sin arrojar la careta hasta nuevo aviso.

—Que el diablo con todo su poder nos proteja.

—¡Já, já, já...!

...y Dios dispone

—¿Qué me cuenta usted...? ¿Y desde cuándo está enfermo?

—Desde antes de ayer por la noche. Salía de su despacho, á eso de las doce y media, para retirarse á descansar, cuando en medio del pasillo cayó desplomado: desde entonces, aún no ha vuelto en sí...; es decir, tal creo, pues aunque tiene los ojos abiertos y los mueve de un lado para otro, no hay expresión en la mirada ni en ninguno de sus movimientos, apenas perceptibles, parece darse cuenta de la situación.

—¿Qué dice el médico?

—Que la enfermedad es mortal, que no hay salvación. Hace mucho por él, como médico y como amigo íntimo suyo que es, pero, ¡nada!

—Vamos allá, quizá mi presencia sea necesaria en aquella casa, donde habrá intereses que retirar, escritos que guar-

dar, que pudieran comprometerle y comprometernos. Vive solo entre criados y eso es estar vendido.

—¿La llave del despacho...? Perfectamente; puede usted retirarse.

¡Caramba, caramba! Ni me conoció siquiera. Y por las señales del rostro, debe sufrir horriblemente. ¡Pobre amigo mío! Aquí está lo último que sin duda escribió para la imprenta.

«... por lo mismo que profesamos sincero respeto y reverencia á la Iglesia de Cristo, nos parece abominable la labor de las Ordenes religiosas, ir contra éstas, decretar su expulsión es defender eso que respetamos y reverenciamos; todavía más: es defender la libertad del pueblo, que vive oprimido por ellas. No las deseamos mal, amamos al prójimo como á nosotros mismos, pero los deseamos ver... lejos, muy lejos, lo mismo que á esas otras altas gerarquías eclesiásticas, en pugna escandalosa con la pobreza cristiana, con esa pobreza que aún en el mismo Vaticano es pisoteada... Vivamos mucho, para purificar de tanta vergüenza la doctrina del insigne Mártir del Calvario. Nuestra voluntad es firme en esta tarea, que no deja de ser árdua, dadas las preocupaciones del pueblo crédulo, pero llegaremos al fin...» (1)

Al fin se me figura que llegó mi amigo. Volvamos á verle. ¿Quién se lo había de decir: cuidado por Hermanas de la Caridad!

¿Tomó la cucharada, hermana?

—Ahora mismo, señor. Es lo único que toma de hora en hora, hace tres días... ¡Pobrecito!

—Y en todo ese tiempo, ¿dicen ustedes que no ha dado cuenta de sí?

—Ninguna. En previsión de que en ese estado pudiese pasar de esta vida á la otra, un señor sacerdote estuvo aquí esta mañana administrándole los últimos Sacramentos.

—¿Quién le mandó venir?

(1) Texto exacto de un diario liberal, al que están suscriptos no pocos católicos. (?)

—No lo sabemos.

—¡Con qué fijeza me mira el enfermo, como si quisiera decirme algo! ¡Quiá! No es posible... Verá y entenderá tal vez, pero no es dueño de su voluntad, todos sus miembros están inertes, ¡y así ya tres días! ¡Esto parece un castigo de...! ¡Bah, bah, no digamos tonterías! Hasta luego, hermanas.

—Vaya usted con Dios.

—Si hubiese usted llegado unos momentos antes, le hubiese visto morir. ¡Ay, señor, qué pavor nos infundieron sus últimas palabras, qué miedo me entró, cuando sin esperarlo se incorporó en la cama y apretándome esta mano, mire usted aún las señales, gritó con espanto: ¡Lo he visto...! ¡Es horrible...! y volvió á caer falto de vida. ¡Dios haya tenido misericordia de su alma...! Está usted pálido, señor, venga para esta otra habitación, que está más aireada y le vendrá bien.

—Gracias, muchas gracias... Era mi amigo íntimo...

—Ruegue por él, es ya el único bien que le puede hacer.

¿Rogar por él...? Quizá no haga falta; si es cierto ese *más allá* con sus premios y castigos, mi amigo no debe de pasarlo muy bien.

¿Continuaré yo sus campañas? No me encuentro con fuerzas para ello. Por otra parte y pensando las cosas con ánimo sereno, ¿habíamos de conseguir nuestros propósitos? Creo que no. Todos los poderes de la tierra, con grandes medios de defensa, han caído y caen, menos el poder de la Iglesia que hace veinte siglos permanece incólume y sin recursos materiales de defensa, esto es muy significativo. Se ha empleado contra ella la persecución sangrienta, el poder de los más fuertes emperadores, la ciencia de los más diestros enciclopedistas, el ridículo, la calumnia, la diplomacia, ¡todo! y ni por esas. ¿Será verdad la frase aquella del protestante Beza: «La Iglesia católica es un yunque que ha gastado todos los martillos»? Sí, es verdad, y por lo mismo, yo me declaro vencido. Renuncio á derrocar lo inexpugnable, lo que un Poder sobrehumano sostiene. Somos muy insensatos. Mi amigo debe haber visto algo en la hora de la muerte, cuando pronunció aquellas palabras que tan profunda impresión me han causado. Seamos cuerdos, pues, cambiemos de rumbo, pero un cambio radical.

A los pocos días, refería un periódico lo siguiente:

«Ha dejado de pertenecer al partido liberal D. X... X... prestigioso político que ocupó con extraordinaria competencia altos cargos en Madrid y provincias. Sentimos de veras la ausencia del amigo, y más por ser ésta debida, según se dice, á manejos reaccionarios. Aún esperamos que, pensándolo

mejor, vuelva entre nosotros quien tantos servicios ha prestado dentro del partido y puede prestar á los intereses de la patria. No se malogran tan fácilmente, aunque todo el jesuitismo se empeñe, talentos como el de nuestro D. X... X...»

Nada dijeron los periódicos de la segunda resolución del «prestigioso político liberal D. X... X...» que hoy es «orador sagrado elocuentísimo»

J. O. F.

El excesivo número de religiosos

Se ha empeñado el anticlericalismo en decir que sobran religiosos de ambos sexos, como pudiéramos nosotros empeñarnos, sin gran esfuerzo, en probar que faltan religiosos.

Hay más abogados que pleitos, con haber muchos, y que destinos de escribientes, con ser innumerables los centros y casas que necesitan amanuenses, y, sin embargo, á nadie le da por emprenderla con el excesivo número de letrados.

Tenemos una verdadera pléga de sastres, y de zapateros, y de modistas, y de costureras, que podrían, por su número y energías, vestir y calzar á todos los seres de los mundos habitados, por muchos que hubiera; y á ninguno le ocurre trinar contra la avalancha de artesanos que, ni aun siendo muchos, favorecen á la humanidad, vistiéndola y calzándola con la más insignificante economía.

Sólo encontramos un sobrante en los religiosos, cuando lo que faltan son religiosos.

Entre los argumentos del P. Ruiz Amado en su reciente folleto. «El excesivo número de monjas» hay uno que está al alcance de las más rudas inteligencias:

«¡Cada joven que abraza la vida religiosa, es un émulo que, sonriendo amigablemente á sus competidores, les deja libre el palenque de la vida y felicidad mundanales!

Para no salir de mi propia casa, entre los hermanos de religión que tengo actualmente en la Compañía de Jesús, hay uno que, cuando Dios le llamó al Estado religioso, era coronel de Estado Mayor, y estaba para ascender á general de brigada. Otro era ingeniero militar, y acababa de ascender á capitán, ¿creen ustedes que el coronel que ascendió en lugar del primero, y el teniente que ocupó la vacante del segundo, tuvieron razón para quejarse amargamente del *excesivo número* de las vocaciones religiosas? Tengo otros compañeros que debían heredar un título nobiliario, otros muchos más á quienes estaba destinada una pingüe fortuna. ¿Serán sus hermanos segundos, en quienes recayó la primogenitura y la herencia, los que se lamentan razonablemente de que *haya tanto fraile y tantas monjas?*

Y este género de ejemplos es muy visible; pero hay un infinito número de otros casos no muy desemejantes, siquiera sean más difíciles de comprobar. La inmensa mayoría de los religiosos pertenecen á la clase media, ¡y como en las congregaciones religiosas no se admite cualquier zoquete (siquiera por la *cuenta que les trae*), los más de los que ahora son sus individuos serían, si no los hubiera secuestrado la religiosa vocación, temibles rivales de los que luchan en la actualidad tan encarnizadamente por resolver el problema de la *existencia!* Unos son ó serían ingenieros y arquitectos, que disputarían á los demás las empresas y construcciones; otros emplearían todos sus talentos y energías en levantar una casa de comercio ó un establecimiento industrial; muchos son ó serían médicos, que aumentarían la ya innumerable pléyade de especialistas, y dificultarían la vida de los que ahora se la ganan; ¡y un número casi infinito *somos y seríamos abogados*, y acabaríamos de llenar y obstruir todos

los arcadauces y desaguaderos de la carrera, que aun sin nosotros está suficientemente abarrotada!

¡Cuántos que son ahora registradores, notarios, empleados, periodistas, etc., etc., están muy ajenos de pensar, que deben esa modesta posición, con que viven ellos y sus familias, á haberse hecho *fraile* fulanito ó menganito, el cual, de haber seguido otro rumbo, hubiera sido victorioso contrincante en unas oposiciones, ó disfrutaría actualmente esa más ó menos pingüe *breva*, que por su religiosa vocación quedó *vacante* y accesible para el que ahora la chupa!

Por más que no sean fáciles de contar, no es menos indiscutible que *están contados* los cubiertos que puso la Fortuna en este mezcuiso *banquete de la vida*; y es menester que un convidado se levante ó renuncie á su plato, para que pueda gozar de él otro, *el cual no sería de los convidados* si no precediera la renuncia del primero.

Pues qué, ¿imaginan ustedes que yo me estaría á estas horas tecleando *por amor de Dios* en mi máquina de escribir, y llenando cuartillas *gratis* en favor de las monjas, si la religiosa vocación no me hubiera apartado de otras más interesadas y lucrativas pretensiones? ¿O piensan ustedes que todos los religiosos somos cojos y mancos, y que, si consideraciones de otro orden superior no nos contuvieran, renunciaríamos así como así á los deleites, á las comodidades, á los honores, y nos estaríamos en nuestro rincón, dejándoles á ustedes repartirse muy á su sabor los bienes de la Naturaleza y de la Fortuna?

¡Nada menos que eso! El censo dice que hay en España 12.121 religiosos, ¡Mas yo les digo á ustedes que, si no los hubiera, habría 12.121 hombres más, de más constancia, de más moralidad, y por ende, de más energía y no de menos talentos que sus coetáneos, los cuales se lanzarían al combate por la existencia, colmando los escalafones de las carreras cerradas, y disputando palmo á palmo el terreno de las carreras libres, invadiendo la industria y el comercio, y arrancando el mendrugo de pan y dejando fuera de combate á una gran parte de los que ahora viven y medran!»

Robando á los obreros

Comunican de Dunoix que se ha descubierto un importante desfaldo en las Cajas de Sociedades Obreras organizadas hace dos años por los socios alistados.

El desfaldo asciende á 138.000 francos y los estafadores son dos antiguos propagandistas anticlericales, que llegaron á Dunoix hace tiempo para organizar una campaña contra las Ordenes religiosas.

En Dunoix fueron atendidos por los obreros, que les proporcionaron medios de vida, ya que ellos por sí mismos no se la podían ganar.

Uno fué nombrado presidente de la Sociedad y otro tesorero.

Hace días desaparecieron pretextando que iban á Paris para hablar con el director de un periódico radical para asuntos de propaganda socialista.

En esos días se ha descubierto la vergonzosa estafa.

Los primates del radicalismo de Dunoix han pretendido ocultar la noticia; pero se ha sabido produciendo gran indignación entre los obreros que han sido víctimas en poco tiempo de dos desfaldos de importancia.

La policía busca á los estafadores de obreros.

CONSEJO DE MINISTROS

El Señor Presidente:

Estamos aquí el Ministerio en pleno. ¿No es así? (*Observando*) ¡Y solitos, sin testigos impertinentes ni indiscretos! (*con satisfacción*). Perfectamente. Pues ahora que esos malditos... no ejercen presión alguna sobre nosotros ni con sus miradas ni con sus acciones, voy á hablaros muy claro, con sinceridad, no precisamente como á compañeros de gobierno, sino como á amigos. Prometedme que guardareis el secreto.

—Lo prometemos por nuestro honor.

—Estamos haciéndolo muy mal, digo más, estamos portándonos como antipatriotas. ¿Me mirais sorprendidos? ¿No contabais con esta salida mía? ¡Ay, queridísimos colegas, dejad á mi alma que se expanda, que se consuele, harta de fingimientos y servilismos, dejadla que goce un poco siquiera hablando el lenguaje de la verdad!

La historia nos habrá de juzgar severísimamente. El país, ya lo veis tan bien como yo, está pobre y triste por nuestra causa. La industria, la agricultura... todo va camino de la ruina por que las tenemos desamparadas en nuestras leyes. Ved qué desfile tan numeroso de hermanos nuestros el que va á otras tierras en busca de esa protección que necesitan para vivir y que nosotros no queremos darles. Es más, acuden á nuestro poder, ¡poder!, solicitando lo que se les debe en justicia y nosotros nos hacemos sordos á sus clamores. Sólo mostramos actividad y energías en eso que damos en llamar *problema clerical*, bien sabéis que no hay tal problema, pero es el patrón dado por las logias y hay que amoldarse á él, bajo pena de lo que todos conocemos. No temais, no voy á romper con ellas, no podría tampoco, pero vamos al precipicio sabiendo que vamos, no ignorantes de ello, no somos hombres que desconocen el buen régimen de un pueblo, somos, tenemos la desgracia de ser hombres esclavos de una sociedad que en hora maldita supo comprometernos. ¡Pobres de todos! Quizás, de la gran revolución que se acerca alentada por nosotros mismos, ¡qué sarcasmo!, seremos las primeras víctimas, ¿temblais? Yo también tengo miedo, á qué negarlo si estamos en momentos del «yo pequé». ¡Ya que cayésemos por cumplir con nuestro deber sagrado!

Bueno... si... no proseguiré, veo que os hace daño mi franqueza inesperada, aunque todos pensais como yo. Quereis vivir con los ojos cerrados á la evidencia... Descendamos, pues, de estos aires puros de verdad, de justicia y libertad honrada y enfanguémonos de nuevo en la ciénaga del error, y del servilismo esclavo; prosigamos, ya que otra cosa no podemos hacer ó no queremos, atados de pies y manos á los

mandatos de naciones extranjeras que nos desean como juguete, ¡pobre España! Prosigamos desarrollando esa herencia liberal maldita que nos legaron nuestros antepasados de estas poltronas;... continuemos estrujando al contribuyente para derrochar en ambiciones y reptiles...

Sí, sí, concluyo, pero no sin exclamar como Boabdil: «lloremos como mujeres lo que no hemos sabido defender como hombres.»

«Orden del día»

Como se lo contaron lo cuenta

UN POLÍTICO EX LIBERAL

¿SIN REMEDIO?

¡Señor, el mundo se muere!

¿No habrá nadie que lo salve?

La fe se ha ido llorando
se han ido también los ángeles
y todo se siente solo,
todo muerto, todo inánime.

Nos ha quedado el recuerdo
de otra luz y otras edades
y sentimos la añoranza
de aquellos hombres tan grandes
¡Ya se fueron para siempre,
ya no vuelven, ya no hay nadie!

Con la tristeza en el alma
y la risa en el semblante,
el mundo rueda y camina
fatigado y casi exangüe,
no tiene luz en sus ojos,
sus venas no tienen sangre,
y quiere seguir la ruta...

¿Y á dónde va? ¿Quién lo sabe!

¿Quién llenará los vacíos
de esas vastas soledades?
¿Quién calmará estos anhelos
siempre indemnes, siempre iguales?
¿Quién dará un soplo de vida
sobre estas tumbas que se abren?...

¡Señor, el mundo se muere!

¿No habrá nadie que lo salve?

ANTONIO REYES HURETAS

Charla

—Oyes, tú, ¿te vienes conmigo á tomar una botelluca al *buchinche* de Pancraccio? Pago yo y de paso oirás allí á un gachó que tiene unas explicaderas para todo que *dá el ole*.

—Déjame á mi de explicaderas entre vaso y vaso que no dan más que disgustos.

—¡Cómo se conoce que no sabes ni una palabra de lo que pasa! El sujeto de quien yo te hablo, perora bien y acertao. No es como la generalidad de esos charlatanes que de todo creen entender y no entienden siquiera ni las palabras del Credo. ¡Lástima que no vaya por allí na más que los sábados.

—Bueno, pues vamos á oír á ese. Tú pagas la entrada... y la salida, que yo hoy por hoy *no tallo*.

* * *

—¡Mardita sea la pena negra y la sota de bastos que me tienen empobrecido! Pancraccio, échame un *perrón* de vino lo más legítimo posible y apúntalo en mi cuenta corriente pa el otro sábado que cobro.

—A nosotros danos una botella tierra.

—¡Eso se llama rumbar! ¡Por vida de la miseria!

—A éste siempre se le ve igual; de taberna en taberna y de comilona en comilona, en tanto que la mujer y los hijos medio se mueren de hambre.

—Abunda el caso. En la fábrica donde yo trabajo conozco algunos que ganando cinco y siete duros por semana, no dejan en casa ni treinta reales.

—Y son los que más tiran contra la explotación.

—¡Buenas calamidades para sus familias están ellos!

—Hay mucha gente hoy. ¡Cómo se conoce que fué día de cobro! Allí está el personaje que yo te decía. Parece viva la discusión. Acerquémonos.

* * *

—Pues así son las cosas y no como os las presentan esos políticos-mercahifles para haceros borregos de su manada. Sigue leyendo, Pascual.

—La verdá es que el saber ciertas cosas indigna.

—Es muy conveniente saberlas para no dejarse explotar. Anda lee.

—«El orador fué muy aplaudido sobre todo defendiendo á los revolucionarios de Barcelona para los que tuvo encomiásticos párrafos de una elocuencia sublime, cuando pedía la expulsión de las Ordenes religiosas, clamaba por la enseñanza neutra, matrimonio civil y secularización de los cementerios.»

La verdad es que este hombre habla muy bien y no me extraña que se le aplaudiera.

—Perfectamente, pero nosotros que no estamos bajo la *influencia mágica* de su palabra discurremos con serenidad.

Vamos á suponer que en saliendo todos de esta tertulia nos dirigimos á la Iglesia...

—¡Puf!...

—Vaya, Manuel, no te hagas como que reniegas de ella, tú que la frecuentas más que pensar pueden estos.

—No fué por eso... es que... á éste... le falló... un mortero...

—Si, si, enterados. Supongamos, pues, que allí en la Iglesia oímos á un buen orador tirar contra la usura, contra el orgullo, contra la mala prensa, y sabemos de él que es un usurero, un orgulloso y está suscripto á *El Imparcial*, ect, ect, ¿qué se nos ocurriría?

—Yo le llamaría allí mismo farsante.

—Yo no, por la santidad del lugar; pero si le tendría por eso mismo que tú has dicho. Pues bien, ese orador grandilocuente que tanto aplaudieron los del mitin, según el periódico, al abogar por el matrimonio civil y contra las Ordenes religiosas y en favor

de las escuelas neutras, ya sabeis qué neutralidad es esta, ¿cómo no hubo quien le dijera: entonces, tú, por qué te casaste por la Iglesia y hasta pediste para ello un dominico? ¿Por qué no llevas tus hijos á esas escuelas que defiendes, sacándolos de las escuelas que combates? ¿Para qué llevas cosido al chaleco el escapulario del Corazón de Jesús y no «los derechos del hombre»?

—¿Todo eso hay?

—Mirad, amigos míos, entre esos políticos que están diariamente atormentándonos los oídos con toda esa monserga anticlerical, la doblez, la falsía es lo que abunda. Ellos mismos no creen en lo que os dicen, pero os lo dicen porque saben que ese es el camino para pescar un acta, una cartera, un destino bien retribuido, ó cuando menos una popularidad que halague sus pasiones.

Lo menos que se le puede pedir á un hombre que se las eche por ahí á predicar, es sinceridad, y de ella os repito que carecen estos políticos del día cuya falta de aptitudes para ser buenos gobernantes, encubren con injurias al clero y á la Religión Católica.

—Paréceme que no vais del todo descaminado.

—Fijaos. Os anuncian la venida de un *gran político* que va á dar una conferencia sobre asuntos de gobierno y en vez de explicar en esta conferencia lo que debe ser la política, honradamente considerada, en lugar de exponer á vuestra consideración su programa, bueno ó malo, de gobierno, la emprende con los frailes, con la Iglesia, con que si debemos casarnos por lo civil, que si debe enterrárenos aquí ó allá.

¿Todo esto es lo que ha de quitarnos el hambre del cuerpo? Es más, ¿todo esto no lo tiene ya, con la libertad que se usa, el que quiere?

Tú, Eduardo, que solo estás casado por lo civil, ¿te han castigado por ello? Y si mañana te empeñas en tirarte al mar y que te entierren en un estercoleo, para que todo sea conforme con la vida que llevas, ¿te lo impedirá nadie?

—No, señor.

—Luego, ¿á qué malgastar el tiempo en estas cosas?

—Por falta de *cacumen*, para otras de más *enjundia*.

—Tú lo has dicho. Un detalle, para terminar. Muchos de esos que se pasaron su vida política abominando de los frailes y la religión, al morir confesaron y pidieron que se les enterrase con el hábito de San Francisco. ¿Qué os prueba esto?

—Voy á decirlo yo, si usted me deja.

—Habla.

—Eso prueba que los que se pasan la vida engañándonos como á chinos, para hacer *su agosto*, cuando ven la imperdible cantan la palinodia y no contentos todavía, mandan que les pongan el *odiado sayal*. ¡Farsantes!

—¡Muy bien discurredo!

—Pues yo estoy conforme con lo que pedricó ese orador en el mitin, ¡ea!

—Tú, si; porque tu sistema de vida va conforme con tales doctrinas.

—Eso mismo.

—Y le aplaudirías á rabiarse.

—Sí, señor.

—Porque así como los pueblos tienen los gobiernos que se merecen, estos oradores tienen público adecuado, que les aplauda y les saque en hombros, si de *tirar* se trata. La razón en estos casos no rige.

—¡Te caiste, Eduardo! ¡Já, já, já...!

—¡Más caído que estoy ya! Pancracio, otra botella para mí y que se hunda el mundo.

.....
—Deseaba hablarle á solas. ¿Cómo á usted le da por venir á estos sitios á pelear con tales gentes?

—Respecto del asunto hay mucho que decir y conviene. ¿Quiere usted que nos veamos otro día? Hoy es tarde para mí.

—Con mucho gusto. El domingo próximo en la Sociedad***

—Muy bien.

CATEQUESIS

TERCER ARTICULO DEL SIMBOLO

Creo que fué concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen.

—¿El Hijo de Dios dónde se hizo hombre?

—En las entrañas purísimas de la Virgen María.

LA ANUNCIACION SEGUN SAN LUCAS.—«En aquel tiempo envió Dios al Ángel Gabriel á Nazaret, ciudad de Galilea, á una virgen desposada con cierto varón de la casa de David, llamado José, y el nombre de la virgen era María. Y habiendo llegado el ángel adonde ella estaba le dijo: Dios te salve, ¡oh llena de gracia! el Señor es contigo; bendita eres entre todas las mujeres.» Al oír estas palabras, la Virgen se turbó y se puso á considerar qué significaba tal salutación. Mas el ángel le dijo: No temas María, porque has hallado gracia á los ojos de Dios. Sábetete que has de concebir en tu seno, y te nacerá un hijo, á quien pondrás por nombre Jesús. Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de su padre David, y reinará en la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin. Entonces María dijo al ángel: ¿Cómo ha de ser eso? pues yo no conozco varón alguno. El ángel le respondió: El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, por cuya causa el fruto santo que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios. Entonces dijo María: Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.»

Después de esta respuesta el Espíritu Santo formó en el seno de la Virgen María y de su purísima sangre un cuerpo semejante al nuestro; en seguida sacó de la nada un alma que unió á ese cuerpo, y en el mismo instante el Hijo de Dios, la segunda persona de la Santísima Trinidad, se unió para siempre á ese cuerpo y á esa alma.

Correspondencia administrativa

Fray N. A.—Lucena.—Pagó hasta fin de Noviembre 1910.

D. A. A. C.—Fano.—Id. id. fin Septiembre 1910.

BIBLIOGRAFIA

Con atento B. L. M. de nuestro distinguido amigo, D. Calisto de Rato y Rocas, dignísimo Presidente del «Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Gijón» hemos recibido y agradecemos la «Memoria y datos correspondientes al ejercicio de 1909» de dicha benemérita Institución.

A 1.835'75 pesetas ascendió el valor de lo devuelto gratuitamente en lotes de ropas á los pobres.

Sorteó premios en metálico entre las libretas de los imponentes de su Caja de Ahorros por un importe de 600 pesetas, amortizó varias cuentas, que ascendieron á 1.075'19 pesetas y, aun así, ha destinado un sobrante de 4 101'05 pesetas á aumentar su capital social, que ya es de 22.790 pesetas.

También asciende á una crecida suma los donativos hechos al Monte de Piedad, lo que prueba que las personas pudientes de Gijón se van penetrando de los beneficios que esta obra cristiana reporta, en especial á las clases necesitadas.

Dios la haga prosperar en bien de todos.

SECCION RECREATIVA

Caso de conciencia de una señorita... y de muchas.

—Diga usted, Padre Clarín:

El usar *polvo* y *carmin*

¿Acaso es grave pecado?

—Lo es, sin duda, cuando el fin

Que se busca es depravado.

En la generalidad

De las que pintadas veas

Que haya pecado no creas:

Lo hacen por necesidad.

¡Pobrecillas!... ¡¡son tan feas!!

MISCELANEA

Es ya tarde, abuelo.—La escena pasa en Buckingham Palace.

Eduardo VII almuerza en familia.

A mitad de comida el hijo segundo del Príncipe de Gales, exclama:

—¡Eh! ¡Abuelo!

El Rey, mirándole con severidad, dice:

—Los niños oyen y callan

Silencio general.

Al cabo de algunos minutos, Eduardo VII, que tenía buen corazón, preguntó al niño:

—¿Qué querías, hijo mío?

El príncipe avergonzado, contesta:

—Es ya tarde, abuelo.

—¿Tarde? ¿Por qué?

—Porque quería decirte que tenías un gusanillo en la ensalada, y ya te lo has comido.

La anécdota no dice lo que replicó el rey.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Para acabar con las cucarachas en muy poco tiempo, se ponen por el suelo papeles con azúcar mezclado con bórax.

Alguien preguntó: ¿Para qué puede servir la sal fuera de la alimentación?

Y le contestaron: Para muchas cosas.

Si se quieren quitar las manchas del té, no hay más que frotarlas con sal.

El resultado es inmediato.

Si no se tiene pasta dentrifica disponible, hay que recurrir también á la sal en polvo, que conserva los dientes blancos y las encías firmes y sonrosadas.

Si se siente dolor en el corazón, dos cucharadas de café con sal en un cuarto de agua tibia, constituyen un vomitivo eficaz.

La sal es un antídoto contra el envenenamiento producido por el nitrato de plata.

El agua salada es un excelente remedio para curar las enfermedades de los ojos.

Las estampas, humedecidas con agua y espolvoreadas de sal, conservan su color y toman brillo.

Con agua salada se limpian muy bien los pañuelos y cintas de seda, que se deben planchar húmedas, etc.

En resumen, nada más enojoso que carecer de sal.